

La Duquesa de Orleans

CAPÍTULO X

(Traducción)

(Continuación) (*)

Desde luego empleó todo su ascendiente sobre la reina María Carolina y sobre el rey para apresurar el casamiento de sus hijos..... Extraña atracción de los extremos. La terrible María Carolina tenía siempre un lugar muy grande en el corazón de la dulce princesa (1). Ésta la llamaba «mi adorable amiga», y recordándole aquel viaje a Nápoles, del que en treinta y tres años no se había borrado su recuerdo tan grato, le dijo tiernamente:

«Vuestra Majestad tuvo la bondad de prometerme en aquel entonces que su primera hija sería la esposa de mi hijo el duque de Valois (2). ¿Habría olvidado su promesa?»

A pesar de sus violencias, María Carolina profesaba el culto de la amistad. Fué conquistada. El rey vacilaba todavía. Timorato, pedía el consentimiento del conde de Provenza, Esta vez aún, la «buena Justina» escribió a Hartwel obteniendo una respuesta satisfactoria (3).

La boda se celebró en la capilla del castillo de Palermo el

(*) Véase págs. 265 y siguientes.

(1) M. de Damas nos dice, con otros, que la reina ocultaba la violencia de su carácter bajo un aspecto verdadero de bondad. La duquesa de Orleans era demasiado buena para descubrir malos sentimientos; por su aspecto la reina era de aquellas que se dejan conquistar. Por otra parte, María Carolina era tan apasionada en sus afecciones como en sus enemistades.

(2) Delille: *op. cit.*, p. 119. — Trognon: *op. cit.*

(3) Archivos Blacas.

día 25 de noviembre de 1809 (1) y con razón pudo la señora de Orleans escribir más tarde: «Sin mí, mi hijo no hubiera jamás conseguido esta unión».

Durante algunos meses la duquesa vivió con relativa tranquilidad en el palacio de Santa Cruz. Al dolor sin nombre de haber perdido a dos de sus hijos, se oponía la alegría de haber conseguido que entrara de nuevo el otro en la Casa de Borbón.

«¡Qué golpe a las conjeturas!», hubo de exclamar el duque de Orleans al anunciar su matrimonio a Mr. de Gilhermy.

De una manera algo vigorosa por cierto, la frase reflejaba los sentimientos de su madre, quien, de corazón, no había dejado de ser Borbón-Penthièvre.

Pero ésta acariciaba otra esperanza: inculcar al antiguo discípulo de Mme. de Genlis sus propias ideas y verle al servicio de una de las ramas reinantes de su casa.

En este punto tiene lugar un acontecimiento histórico, el cual, por estar tan mezclada en él la princesa no podemos pasarlo en silencio: la expedición del futuro rey Luis Felipe a España.

El proyecto de Cádiz, como ya se ha dicho, no pudo llevarse a efecto, pero la duquesa de Orleans deseaba llevarlo a cabo y no cesaba de mantener buenas relaciones con la Junta de Sevilla y de hablarla en términos lisonjeros.

Después del 25 octubre de 1809, había escrito una carta asaz curiosa al señor de Saavedra: «Me apresuro, señor, en anunciar a V. E. que, llegada felizmente a Palermo el 15 de este mes, he encontrado cerca de mis augustos parientes y de la incomparable reina, mi adorable amiga, el recibimiento más tierno y el sentimiento de la más sincera gratitud y del más grande entusiasmo por todo lo que la valiente nación española hace en favor de su legítimo soberano. No sabría explicaros cuánto este sentimiento me ha lisonjeado a mí que, desde

(1) Fernando III guardaba cama a consecuencia de una fractura de la rodilla, como lo indica la curiosa acta del matrimonio: *fortuitu casus genus offensus* (comunicación de M. H. de Gallier).

En un pequeño «atrium» oscuro de esta capilla, un bajorelieve representa la ceremonia de la boda.

Ojos expertos pueden reconocer en él a la duquesa de Orleans-Penthièvre entre los principales personajes.

el primer momento de nuestros desastres, me asocié a vuestra gloria captándome el odio y la execración de vuestros invasores. El cielo, no lo dudéis, hará que triunfe nuestra justa causa, y nuestra fidelidad a los principios hará que las potencias sacudan el funesto letargo en que han caído... Si Vuestra Excelencia y sus dignos cooperadores pudieran oírnos cuando la reina — que, desde 1776 en que tuve la dicha de conocerla, se dignó ser mi constante y tierna amiga, en fin, digo, — cuando la reina de las Dos Sicilias me pregunta sobre lo que yo he visto, sobre lo que he sabido de los admirables esfuerzos de nuestros compatriotas!... Cuán bondadosa se ha mostrado conmigo, cuánto interés se ha tomado por mi posición, hija de mi perseverancia en los principios, de mi asociación a su odio contra el monstruo autor de todos nuestros males, quien a su vez la odia en proporción a su grandeza de alma y a su talento!... ¡Ah!, ella no ha cesado, después de treinta y dos años, de ser mi más tierna, mi más adorable amiga, y para mí es motivo de satisfacción vivísima el hallar ocasión de poder manifestar la afeción tierna y profunda que por ella siento después de tantos años!...» (1)

Si se me perdonara la expresión, la princesa estaba, diría yo, «coqueteando» con la Junta española. Le hacía saber los sentimientos de los suyos y de ella misma contra Napoleón, con la esperanza de que sus palabras no se perdieran en el desierto. Sin duda pidió a Saavedra, en carta que no hemos podido obtener, un mando para su hijo en el ejército español.

El 21 de enero de 1810, Saavedra escribía al príncipe diciéndole que «el furor del usurpador se estrellaba contra las columnas de Hércules», que «la presunción de los franceses se transformaba en abatimiento» y añadía: «Es preciso asociar Vuestra Alteza a estas glorias... Por el momento España no ofrece al serenísimo príncipe de Orleans un lecho de rosas, pero tampoco le invita a entrar en una tumba...»

«Un Borbón casado con una infanta de España se impone para restablecer la libertad nacional... Esta determinación estrecha los lazos de nuestra fraternidad. Ello aumentará nues-

(1) Archivos Blacas.

tra consideración ante las potencias; ella destruye todo germen de federalismo; ella excluye toda idea de desmembramiento; ella desconcierta a todos los ambiciosos; ella influye en la conservación de las colonias; ella borra y disipa toda tendencia hacia la democracia y hacia el jacobinismo.» (1).

Después, en el mes de marzo del propio año, Saavedra escribía a la duquesa viuda de Orleans una carta, de la que paso en silencio los preliminares entusiastas y pomposos:

«He manifestado al Gobierno, decía, los votos de Vuestra Alteza y de vuestro augusto hijo. Los miembros que conmigo componen el Consejo..., por un movimiento unánime de entusiasmo, han resuelto ofrecer a vuestro augusto hijo el mando de un ejército en Cataluña o bien en otra parte que reclamara su interesante persona. . Separaros de un hijo cuyas eminentes cualidades le han hecho conquistar la estimación universal, será, sin duda alguna, un acto dolorosamente sensible para Vuestra Alteza. Pero, Señora, es una nación generosa que combate por su religión, por sus leyes, por su rey. Es esta nación que le llama, y, Señora, Vuestra Alteza Serenísima debe esperar también que un día, a la cabeza de nuestros ejércitos, vuestro augusto hijo derribará el ensangrentado trono del usurpador, levantando aquel en que debe sentarse el legítimo soberano de los Franceses. Por él verá la Europa restablecido el sistema de orden que una furiosa y criminal Revolución hizo desaparecer... Qué satisfacción para Vuestra Alteza y cuán grande para mí »

En aquella misma época (15 de marzo de 1810), Madame de Orleans, no menos inquieta por continuar sus buenas relaciones con los Borbones de la antigua rama, escribía al conde de Provenza, por mediación del conde de Blacas:

«Es verdad que es la primera vez, después de mis horribles desdichas, que he creído poder escribir, sin embarazo, a Vuestra Majestad, y ¡con cuánta diligencia me apresuro a hacerlo! Hasta este momento, no menos encadenada por la situación en

(1) Archivos Blacas. — La presencia de estos documentos en la familia del favorito de Luis XVIII, prueba evidentemente que todas estas negociaciones eran conocidas y aprobadas en Hartwell. M. de Folmon enviaba a M. de Blacas la copia de todos estos documentos.

que me hallaba como por la consideración (me atrevo a adularme) de mantener en el alma de los Franceses el sentimiento hacia los Borbones, hacia la ilustre sangre de Vuestra Majestad, sentimiento que jamás se llegará (yo así lo espero) a ahogar en ellos, he tenido bastante confianza en que Vuestra Majestad hará justicia a mi inviolable adhesión, a mis propósitos, a mis principios, para no temer el que vea atribuir a mi corazón lo que no ha dependido sino del penoso esfuerzo de mi cruel posición. Yo he creído, y sigo creyendo, que así servía a la causa común, la verdadera y buena causa, mejor que exponiéndome a las violencias de los usurpadores y mostrando así al universo que sus excesos eran triste consecuencia de sus oscuros cálculos». (1)

La princesa hablaba luego al conde de Provenza «de las intrigas que se habían ideado para separar los suyos del servicio de Su Majestad» y le ensalzaba el «diputado (Folmon) que, después de haberse distinguido notablemente en la defensa del inmortal Luis XVI, no me ha abandonado desde aquella horrosa y tan dolorosa época y a quien he debido, en distintas ocasiones, la salvación de mi vida y la de mis dos amadísimos hijos, que he tenido la desgracia de perder después.» (2).

Todas estas tentativas de la princesa para servir la causa de los Borbones y «de la independencia sagrada de las naciones», producían su fruto.

Su hijo, que había desarmado al «vieil homme», que se había casado con una princesa de las Dos Sicilias, infanta de España, y que vivía en la corte apasionada de Palermo, recibía entonces una carta hiperbólica del señor Saavedra, de fecha 4 de marzo de 1810. (3).

(1) Esta última frase es bastante obscura. Con poca diferencia se halla repetida en una carta dirigida, el 10 de septiembre del propio año, a la condesa de Ecquevilley (Delille) p. 235). Parece como si la Princesa quisiera dar a entender que prefirió los rigores del destierro y de la expoliación a la tentativa de volver a Francia en una de aquellas correrías de las que el príncipe de Conti y la duquesa de Borbón no se privaban frente a frente del gobierno imperial.

(2) Archivos Blacas. — No se posee más que una copia de esta carta escrita por M. de Folmon. No quiere decir esto que él mismo la hubiera redactado.

(3) Aff. étrang., France, 640. El Conde Roger de Damas da a entender en sus memorias que María Carolina buscaba el modo de hacer sentar en el trono de España al mismo duque de Orleans; tan decaído consideraba al soberano prisionero en Fran-

Éste le invitaba a venir a ponerse al frente de un ejército en Cataluña y a combatir contra «Buonaparte». «El entusiasmo de los ilustres y valerosos habitantes de esta provincia, escribía, llegará a su más alto grado cuando vean un príncipe pariente de nuestro buen rey compartir con ellos las fatigas de la guerra. Él los conducirá a la victoria y a la inmortalidad con la ayuda de la Providencia. La memoria de los triunfos conseguidos por vuestros ilustres antecesores, reina en Cataluña, y a ella es a quien pertenecerá el honor de conservar verdes tantos laureles. La empresa es terrible, el enemigo es obstinado, la lucha fatigosa, pero el odio que sienten los Españoles por el usurpador es vigoroso »

Al día siguiente el príncipe respondía en el mismo tono: «El grito que la nación española ha lanzado desde la odiosa agresión de Bayona, no ha cesado de resonar en mi corazón, y desde luego el primero de mis votos ha sido para obtener el honor de ir al combate... Con el consentimiento del rey de las Dos Sicilias, mi padre político, ceso en el mando de sus ejércitos, que Su Majestad se dignaba confiarme..., rompo, después de seis meses bien cortos, lazos de dicha y de ventura y acepto esta honrosa invitación con la más grande diligencia y con el más profundo reconocimiento. Yo cumpla no solamente con lo que me dictan mi honor y mi corazón, sino que me apresuro a cumplir los deseos de Sus Majestades y de los príncipes mis hermanos políticos, tan eminentemente interesados en los éxitos de España contra el tirano, que ha querido privar de todos sus derechos a la augusta casa a la que tengo el honor de pertenecer».

cla. Su manía por su yerno era tal, que esta candidatura la hubiera complacido mucho más que la de sus propios hijos. Es evidente que adoraba entonces al príncipe tanto como le había «odiado» la primera vez que le vio. Su correspondencia prueba claramente, amén de su «seducción» personal, que la adhesión del duque de Orleans por el conde de Provenza y que los sentimientos de hostilidad que manifestaba contra Napoleón le habían conquistado el corazón de esta reina.... que por una de las asombrosas vicisitudes de la historia... estaba destinada a ser, con el tiempo, la bisabuela del conde de Chambord.... y de l'Aiglon (*).

(*) Sabido es que se ha dado el nombre de l'Aiglon (el Agullucho) al hijo de Napoleón I, que por su madre la archiduquesa María Luisa era descendiente de María Carolina. — (N. del T.)

«Es hora ya, sin duda, de que la gloria de los Borbones cese de ser un vano recuerdo para los pueblos que sus antepasados condujeron a la victoria. Feliz yo si es mi brazo el que la Providencia se ha dignado servirse para demostrar a los contemporáneos y a la posteridad que las desdichas sin ejemplo de que somos víctimas no han desnaturalizado la sangre que corre por mis venas...»

El 22 de mayo de 1810, el duque de Orleans, acompañado hasta el puerto por su esposa, su hermana y su dichosa madre, partió para Tarragona (1).

¡Grandes desilusiones le esperaban!

Al llegar a Cataluña, encuentra el «país triste y deplorable después del paso de las tropas de Bonaparte», asombrándose de lo que el inspector de artillería de la provincia le dice «que se le recibe como infante de España, pero que no tiene mando alguno». «Mi presencia es inútil», escribe al Consejo de la Regencia. espera órdenes...

Entonces no recibe más que cartas ditirámicas, pero imprecisas.

Antes de su llegada, el ministro Bardaxí, que no le quería al frente de las tropas españolas, escribía desde León (2), el 28 de abril de 1810, al general O'Donel, comandante en jefe de los ejércitos españoles, «que convendría mucho excitar por todos los medios posibles el enganche y la deserción de las tropas enemigas», y de poner a su cabeza al príncipe, que podría él mismo entrar en Francia.

En efecto, el duque de Orleans encuentra en Cataluña «700 soldados franceses desamparados», pero él lo dirá más tarde: — «Son españoles los que he venido a buscar para tener el honor de mandarlos y conducirlos a la victoria, como hicieron mis antepasados...»

Parte para Cádiz, pasa revista a un cuerpo de ejército, visi-

(1) La princesa María Amelia escribía entonces al conde de Provenza haciendo «los más ardientes votos para que su querido esposo pueda, compartiendo la gloria con los bravos españoles, contribuir a la dicha de Su Majestad, objeto de todos sus deseos». (Archivos Blacas).

(2) La isla de León sería. — (N. del T.)

ta las fortificaciones, dirige informes al Consejo de Regencia.

¡Ninguna respuesta!

El duque de Orleans se presenta entonces ante el Consejo. Expone sus agravios. El llamamiento de los españoles «me encontró casado, hacía seis meses solamente, con la infanta doña Amelia, la mejor y la más querida de las esposas, sobrina del adorable Fernando VII, más dichoso todavía con la esperanza de ser muy pronto padre... Era yo, dice, simpático a los Sicilianos, me colmaban de bondades el rey y la reina... ¡Y partí, sin embargo!»

Las respuestas se hacen cada vez más evasivas... Se insinúa que el príncipe mismo es el que ha solicitado el mando. Él se indigna... Parte de nuevo para Cádiz, en donde Wellesley, ministro del Reino Unido, le da prisa para que vaya a Inglaterra...

De sus cartas, parece que el duque de Orleans comprende mal estas tergiversaciones y estas inconveniencias. En fin, se le revela la clave del enigma. Desde el nombramiento de Bardaxí, las Cortes son demasiado democráticas para aceptar un príncipe en el ejército español y la Gran Bretaña ha significado que retiraría sus tropas si se daba en España una situación determinada al duque de Orleans.

Cuando, el 25 de agosto de 1810, el presidente del Consejo de regencia, bajo un raudal de palabras halagadoras, le hizo conocer esta decisión en términos embarazosos, el príncipe, que sentía vivamente la espina entre las flores, respondió con una altivez poco disimulada:

«Serenísimo Señor: he recibido la carta que Vuestra Alteza me ha escrito el 25 de agosto y quedo informado de su contenido. — Dios guarde la vida de Vuestra Alteza muchos años. — L. F. de Orleans.» (1)

Así, pues, el duque de Orleans, cuyo «jacobinismo» espantaba antes a los emigrados, era «demasiado puro» para poner su espada al servicio de los Borbones de España.. El Rojo habíase vuelto demasiado Blanco.

(1) Aff. étrang. France, 640, fs. 14 y 15.

Penetrado mejor que nadie de la inestabilidad de las cosas y de las opiniones de este mundo, regresó a Palermo en el mes de octubre de 1810, dichoso de encontrar de nuevo a su esposa, a su hijo, el futuro de Orleans, que había nacido el 3 de septiembre, y a su madre.

¿Dichoso de encontrar de nuevo a su madre? Sí, con toda seguridad. Pero, sin embargo, durante su ausencia, un viento de discordia se había levantado como una suave brisa que debía tomar sensibles proporciones.

En la primavera de 1810, la duquesa viuda escribía al conde de Provenza hablando de sus queridos hijos y de su «encantadora hija política» (1).

Se complacía en vivir en esta corte de Palermo, en donde había tomado grande afección a la pequeña María Carolina, que debía casarse un día con el duque de Berry.

No sucedía lo mismo al final del mismo año; algunas disensiones de interés surgieron durante el otoño entre madre e hijo. Por otra parte su canciller, descontento de su situación falsa que, por consecuencia, le había vuelto desconfiado, estimaba que en Palermo se le trataba demasiado como a Rouzet y poco como a Folmon.

La tomó con los hijos de la princesa, abusó de su espíritu demasiado exaltado y demasiado crédulo y, sin duda, desarrolló en esta mujer dulce, tendencias a la susceptibilidad hasta caer en la manía de la persecución, tan a menudo característica en las naturalezas que han sufrido más de lo que sus fuerzas podían soportar.

En pocas palabras — consciente o inconscientemente — enconó de tal manera las cosas (2), que la princesa profirió, con

(1) Archivos Blacas. — La duquesa de Orleans escribía también a la condesa de Ecquevilly el 12 de septiembre de 1810: «Mi condición de madre me ha impuesto la ley de procurar el establecimiento del único de mis hijos que la Providencia me ha dejado. Lo he logrado tan felizmente como hubiera podido conseguirlo en mis tiempos de prosperidad, y el cielo acaba de añadir a este favor el de concederme un nieto que, bajo los ojos de madre tan digna como la suya, criado y educado por ella, no se desviará jamás, así lo espero, de la senda de sus deberes. Después de haber cumplido como madre al lado de mi hijo, mi salud, asaz arruinada, me obliga a buscar un lugar de reposo; pero ¡ay de mí!.... ¿en dónde encontrarlo?»

(2) Trognon: *op. cit.*, p. 151. — Es verdad que no tenemos más que una sola versión, la del historiador de María Amelia:

relación a su hijo, frases sin moderación. ¿Cuáles? Se ignoran, pero sin duda la materia era grave, pues— con la vehemencia, tal vez excesiva, de una joven esposa — María Amelia escribía el 17 de diciembre de 1810, desde el palacio de Santa Teresa, a su madre, residente entonces en el palacio real, esta carta lacrimosa:

«Mi querida y estimadísima mamá: (1)

»Con toda la confianza que vuestra bondad nos inspira, voy a hablaros de un asunto que me aflige profundamente, y rogamos que intentéis un nuevo medio de atraer a nuestra pobre madre, evitarla, lo mismo que a nosotros, el mal que este asunto nos hace y nos hará, y volver la paz a nuestros corazones desgarrados.

»Bien sabéis cuál ha sido la conducta de mi querido esposo hacia su madre y hacia el que ella protege; ha cumplido siempre, con respecto a ella, con los deberes del hijo más tierno y más respetuoso, y para complacerla, ¿qué no ha hecho y qué no ha conseguido para M. de Folmon? Y como recompensa de haber cumplido un deber tan grato a su corazón, en el momento mismo en que a la vuelta de su desgraciada expedición a España hubiéramos debido reunirnos todos a su alrededor para dulcificar sus penas, él se ve acusado, sin haber dado el más leve motivo de descontento, de la manera más sensible por su propia madre, hallándose cerca de aquella a la que tanto debe (2) y de cosas que habrían podido turbar la *dicha de su interior* y perjudicarle bastante cruelmente cerca de vos y cerca de mí misma, a no haberle conocido lo bastante: ¿quién, más que yo misma, estaría en ello interesada si esta calumnia fuese una verdad, y quién más que yo la desmiente como enteramente falsa? El triste estado a que estas calumnias nos han llevado no puede durar, constituyen un agravio positivo para mi madre política, como también otro tan grande para nosotros, si bien que inocentes (pero ¿el público lo sabe?) y a mí en particular, acostumbrada a gozar de la más dulce tranquilidad al lado de la mejor de las madres; este estado de cosas me consume.

(1) Biblioteca Nacional, N. A. F. 1309, fs. 122-123.

(2) La reina María Carolina.

»Como lo habíamos previsto, mi querida madre, mi madre política acaba de devolvernos el dinero que le dábamos todos los meses, haciéndonos decir *que nos habíamos engañado*. No quiere, pues, tener relación alguna con sus hijos; pero entre tanto ella da comidas, hace visitas, va a comer fuera de casa y no pone los pies en el palacio. Yo no quiero juzgar los actos de mi pobre madre política, me da lástima, ella no es ella.

»No deseamos otra cosa que reunirnos a ella; pero mi querido marido no es un niño y no puede olvidar a sangre fría ni dejar que queden en pie las infames acusaciones de mi madre política: hijo tierno y respetuoso, pero hombre de honor, no desea otra cosa que una retractación por escrito de su madre a vos referente a lo que le ha acusado, con el fin de que en todo tiempo le ponga al abrigo de nuevas calumnias del mismo modo injustas.

»Una carta vuestra, querida madre, a mi madre política, en la que dijeseis que el rey y vos estáis indignados de ver continuar este horrible enredo y, sobre todo, de no verla en vuestra compañía; que vos conocéis perfectamente bien el corazón de una madre, que pueden tenerse momentos de cólera en los que se dice lo que no se piensa, pero que es tan dulce y tan noble el retractarse; que vos no deseáis otra cosa que esta retractación tan justa con respecto a un hijo del que ella misma tantas veces ha dicho era su dicha y su gloria y que lo será todavía; que deseáis la paz en la familia, y que si no muda de proceder no podréis menos que culpar a la persona que posee su confianza y que resolveréis en consecuencia, tanto más cuanto ella conoce la opinión del rey sobre este asunto; que le habláis como una verdadera amiga que quiere salvarla de todos los disgustos y hacerla dichosa volviéndola al lado de sus hijos, si bien conoce lo que ella se debe a sí misma, al rey y a su familia en una posición semejante.

»En fin, mi querida madre, vos sabréis decirle todo esto mejor que yo os lo explico; conozco lo bastante vuestro corazón para no dudar de que daréis este paso para devolvernos la dicha y la tranquilidad, que no puede conseguirse sino viviendo en familia, a lo que nos habéis tan dulcemente habituado.

»Estaba escribiendo esta carta cuando se me ha llamado

para comer; en este momento quería terminarla, y mi querido esposo ha llegado muy reconocido a las bondades que habéis tenido para con él; me ha dicho que el que no tuvierais conocimiento de la carta de mi suegra es muy útil para nosotros en los momentos actuales, abrigando la esperanza que mi buena madre, con calma, reflexionará los ruegos de su hija, de la que conoce su corazón y sus sentimientos y la que, besándole las manos se dice con el más tierno y respetuoso amor:

»Su más obediente y afectísima hija y amiga

Amelia.

»Palermo, hoy 1.º diciembre 1810.

»Os incluyo la carta que habéis prestado a mi querido esposo.»

María Carolina hizo cerca de su amiga vanas tentativas; sobre este asunto sin duda, el duque de Orleans le escribía hacia la misma época (1):

«Yo os expreso... muy sinceramente mi profundo reconocimiento por los esfuerzos que hacéis para volver a mi pobre madre en sí misma y reconquistar aquella ternura, de la que se glorificaba, para sus hijos. Que examine de buena fe sus pretendidos agravios contra sus hijos y se convencerá que se reducen al reproche imaginario de no haber tenido los respetos debidos hacia el hombre a quien han considerado mucho más de lo que mi madre debió desear que hicieran por su propia consideración, y al agravio, no menos imaginario, de haber acogido y tratado a aquellos y a aquellas que la incompatibilidad de carácter del citado personaje echó de su casa, reduciéndola al aislamiento, de que somos sus víctimas, como lo es también ella, puesto que no lo dudéis, Señora, ella sufre mucho en todos sentidos...»

La carta es justa, pero severa respecto a Mr. de Folmon. El duque de Orleans toca el punto sensible. Seguramente cumplió con sus deberes de hijo, pero olvidó que las mujeres imaginativas, doblándose bajo el peso de las pruebas y faltas de fuerza de voluntad, no son más «que ruinas frecuentadas por fantas-

(1) *Intermédiaire des chercheurs et curieux*, 10 enero 1992.

mas», que en sus pobres cabezas todo se deforma, se agranda y se transforma en drama.

La princesa imaginó una empresa. ¿Intentarán sustraerla a ella? Entonces se aferrará a su idea más violentamente que nunca. Es de aquellas que se vuelven involuntariamente casi agresivas cuando se les quiere arrancar de su imaginación torcida el sentimiento del reconocimiento y del deber. Es de aquellas, en fin, que viviendo encerradas tras el velo que les ha tejido una afección desviada y una timidez feroz, se disgustan si uno intenta escudriñar indiscretamente su alma.

Y la conclusión de esta dolorosa lucha fué que, en uno de esos momentos de vivacidad, que antes refrenaba cuando era dueña de su juventud y de sus actos — el 12 de enero de 1811 — sin volver a la Corte, sin despedirse de nadie, la duquesa de Orleans se embarcó bruscamente para Menorca, con M. de Folmon.

• • • • •
Después de una horrorosa tempestad — estaba predestinada a ellas — la duquesa viuda desembarcó en Mahón el 21 de enero. Como ya lo había escrito al señor de Saavedra, había siempre deseado volver a respirar la atmósfera apacible de su pequeña ciudad adoptiva en donde, decía, tenía aún muchos pobres que consolar.

Si atendiéramos solamente a lo que nos dice Delilie, podríamos suponer exagerada la alabanza; pero los Archivos de Mahón, las cartas de la princesa a su amiga la señora de la Serna (1), amén de otros documentos de Archivos, allí están para probarnos que recobrando la paz relativa de su casa — la casa

(1) Las cartas de S. E. doña Ana Tully, viuda de don Gaspar Gómez de la Serna, coronel de Infantería, etc., al rector de Santa María de Mahón, hacen mención repetidas veces sobre este asunto. (Colección de documentos inéditos de don F. Hernández Sanz). Los archivos municipales de Mahón guardan — con una carta de la duquesa de Orleans — muchos acuerdos relativos a gracias que ella pide «ya para los prisioneros, ya para otras obras de misericordia». Por otra parte, envía socorros a los prisioneros franceses retenidos en Malta — en especial un préstamo de 644 libras en 1812 (Archivos particulares). — Se esfuerza en obtener el perdón para unos soldados españoles condenados a muerte por delito de robo. («Historia de Menorca», por don Pedro Riudavets y Tudury, Mahón, 1885).

del destierro — la princesa recobró toda su dicha y su espíritu benéfico.

Durante tres meses, sus amigos la Motta, tan generosos como opulentos, pusieron a su disposición su magnífica casa llamada «de los doce balcones», que todavía existe en la calle del Castillo (hoy Pi y Margall).

Allí vivió rodeada de una familia adoptiva que durante largo tiempo conservó su memoria.

La imaginación, en este momento, nos retrotrae a la época aquella, para presentarnos a la duquesa de Orleans rodeada de los de la Motta, gozando de una existencia patriarcal y tranquila, «tomando cada mañana en su desayuno un par de huevos pasados por agua» y bebiendo «su té en una taza de fina porcelana» en el comedor artesonado, rodeada de los diez pequeños la Motta, mientras la sirvienta Margarita *Ventayola* (1), vestida de negro con *rebosillo* blanco, pone a la mesa los bizcochos (concrets) confeccionados por ella misma (2).

Después, durante el día, concurre a menudo a la iglesia, en donde se le ha construido una tribuna especial que se enseña todavía, concede algunas audiencias....., asiste a algunas fiestas.

(1) Todavía existen en Mahón descendientes de esta criada. — (N. del T.)

(2) Comunicación de doña Natalia de la Motta. Miniaturas fotografiadas remitidas por don Francisco Hernández Sanz.

(Concluirá).

Bibliografía

Ensayo Fitotopográfico de Bages, por el doctor don P. Font Quer.

La circunstancia de haber elegido este trabajo para tesis del Doctorado y la de haber contribuido a que los señores Presidente y Vocales del Tribunal de Farmacia concedieran al autor la Investidura de Doctor con la calificación de Sobresa-

liente, hubieran sido más que suficientes para formar concepto de esta obra, si otras circunstancias no hubiesen abonado en su favor.

El estudioso doctor Font Quer es personalmente conocido en Mahón. Pasó una larga temporada en esta ciudad cumpliendo, como farmacéutico militar, sus deberes profesionales, y durante este tiempo pudimos hacernos cargo de sus vastos conocimientos, de su gran afición al estudio y del imperioso afán que sentía para estar siempre al corriente de los adelantos científicos.

Asiduo concurrente al salón de lectura de este Centro, pasaba largas horas consultando obras y revistas con verdadera fruición, y creemos que su *Ensayo Fitotopográfico* recibió los últimos retoques en esta ciudad, ya que figura editado en la conocida y reputada Tipografía Mahonesa de nuestro paisano señor Manent.

Precede al texto de la obra una bien redactada Introducción, en la que se vislumbra el espíritu de seriedad científica que ha servido de base al autor para catalogar las numerosas plantas que espontáneamente viven y se reproducen en el suelo de Bages, región importante de Cataluña, y se señalan defectos en que incurrieron otros detallistas, sin duda, por no haber hecho las comprobaciones que esta clase de estudios requiere. Expone luego, con buena dicción, la situación y límites de la comarca estudiada, su orografía, hidrografía, geología y constitución mineralógica del suelo; y, por último, describe el clima y vegetación antes de entrar de lleno en la clasificación de las plantas naturales, naturalizadas, adventicias y subespontáneas de aquella extensa región con gran claridad y fijeza de caracteres.

El trabajo del señor Font Quer es fiel reflejo de la verdad científica y será, en lo sucesivo, una obra que, con preferencia, consultarán los que quieran dedicarse a los estudios fitotopográficos.

J. Ferrer Aledo.



Folk-lore menorquí

DE LA PAGESIA

per

En FRANCESCH CAMPS Y MERCADAL

(Continuació) (*)

Una mora m' enamora,
i una blanca me du penes,
i una al-lota de quinz' anys
me te lligat am cadenes.

* * *

Na Paula i en Jordi
se volen casar;
na Paula es pubila,
en Jordi es manyà.

Ella te cent lliures
que ha guanyat filant,
mirau quina ditxa,
què ditxa tant gran!

* * *

No diguis mal de na Rotja
qu' es sa meva enamorada;
aquest matí l' he deixada
mes contenta q' un rellotge.

* * *

(*) Végínse págs. 273 y sigüents.

Què son aquestes uades
que tú 'm dones de través?
Mira, no me miris mes,
que 'n el cor les teng clavades.

* * *

L' anillo que tú me daste,
era vidrio i se rompió;
el amor que me posastes,
era poco i s' acabó.

* * *

Catalina, Catalina,
què n' ets tornada grosseta!
Antany eres una fieta,
i enguany ets una fadrina.

* * *

No ets pulida que matis,
ni lletja que fassis pò,
ets moreneta de cara,
estimada del meu cor.

* * *

En Joan, pobre Joan,
en Joan, pobre mesquí,
en Joan era mon nuvi;
día de Sant Joan morí.

* * *

Día de Sant Joan alegre,
es día molt trits per mí;
perque en Joanet, mon nuvi,
día de Sant Joan morí.

* * *

Joan, Joan, jo volia;
Joan, Joan m' ha dat Deu,

si m' hagués donat Bartomeu,
es meu cor no hi consentia.

* * *

Al-loteta, què m' agrades!
tú n' ets feta an es gust meu;
si jo ho fos tant an es teu,
no perdríem temps debades.

LÍRIQUES

— Donya Paula, posau taula.
— Don Franciscu, no hi ha pa.
— Donya Paula, posau taula,
que Deu ja provehirà.

* * *

Ses montanyes de Mallorca
son ses mes altes del mon,
i de tan altes que son
vèuen terres de Menorca.

* * *

Ai, Menorca, desdixada,
plora que tens que plorar,
que n' estàs profetitzada
q' un día te 'n has d' entrar!

* * *

Mos diuen que 'l mon engalta,
i som noltros qu' engaltam;
tots som fis d'un pare Adam,
i un vol esser mes que s' altre.

* * *

Tot lo día 't sent cridar:
mu mare, mu mare mia!...

qui la te, no la conèix,
i qui la pert, la suspira.

* * *

De Binimoti, senyor,
som estat pagés fins are,
i no 'via sabut encare
qu' es lloc fos del Assesor.

* * *

Una dona no fa poc
tenir ansia d' una casa,
pastar, cendre i fe bugada
i tení ansia dets al-lots.

* * *

Per Cotaina vaig passar,
figueral de cada banda;
hi havia pomes en randa
i vi 'n blanc per refrescar.

* * *

Una fadrina ha d' esser
com una capsa de vidre;
perque 'n estar consentida
no ho val es mirarse-lè.

* * *

Amigues, no vui amigues;
amigues, jo no 'n vui mes;
perque ses amigues diuen
lo que vèuen, i un poc mes.

* * *

Mor el Rei i mor el Papa,
i així 'ns hem de morir tots;
ja sabs quand seràn es bots,
pels qui haurèm fet obra flaca.

* * *

Som pobre perque som pobre,
i de pobre vaig vestit;
me treu tant aquesta roba,
com es domàs an es ric.

* * *

D' en-primé 'ts homos d' edat,
que dins l' Esglesia vivien,
solsament no coneixien
quina cosa era pecat,
i ara, just encara es nat,
i al revés ja l' estudiën.

* * *

Una fadrineta honesta
que no dona que rallar,
es dia que 's morirà
en el cel faràn gran festa.

* * *

Dones que teniu fietes,
maldau-les a ben guardar,
qu' elles son tan senzilletes
com es vidre, de trencar.

* * *

En tenir vintidós anys
ses fadrines, casaulès;
qu' en tenirne vintitrès
ja tenen sa capavall.

* * *

S' alegria d' un casat,
sabs que dura poca estona;
quand sa bossa ja no dona
s' alegria ja ha acabat.

* * *

Fila, Brígida,

n' iràs vestida;
de prim o gros,
sols que cubert
vagi ton cos.

* * *

Vols que 't digui sa raó,
per quín estil ham de viure?
no ham de plorar, ni riure,
ni estar content, ni falló.

* * *

Si es paraire, no 'l plang;
perque en s' ofici es honrat
que d' oli ne vagi untat:
els gerrérs hi van de fang.

* * *

Qui canta son mal espanta,
i qui plora se 'l aumenta;
per assò vui cantar jo,
perque la mort se 'n ausenta.

* * *

Diuen que sa pena mata:
i jo no ho dic axuxí;
que si sa pena matava,
ja m' hauria mort a mí.

* * *

Carán, som anat en guerra;
carán, no hi tornaré mes;
carán, per quatre diners;
carán, m' han tirat en terra.

* * *

Una figa per ser bona
ha de tenir tres senyals:
cortonada, secaona,
i picada de pardals.

* * *

Voldria... lo que voldria...
lo que voldria ja ho sé:
la salut tant com viuria,
i el cel com me moriré.

* * *

Lo q' un fumadó ha mester,
es pipa, canó i broquet,
es tabac i ganivet,
esca i pedra i fuguer.

* * *

Jo no sé què pagaria
que ma mare al mon tornàs;
si no poria amb un braç,
amb els dos l' abraçaria.

* * *

Quand jo ma mare tenia
amb ella solia anar,
i ara 'm tenc d' aconhortar
ets uis plorant tot lo dia.

* * *

Ma mare, enceneu candeles,
que s' acaba es viure meu;
entre les onze y mitjdia
donaré l' ànima a Deu.

* * *

Un vespre, ¡sempre 'm record!...
vaig somiar qu' era al cel;
per tot llum, per tot bellesa,
harmonia i goig etern.

* * *

Ens diuen que l' esperança
la tenen els teixidors:

pero jo la teng am vos,
y am Deu teng la confiança.

* * *

Jo pensava que l' amor
era un gros divertiment,
i ara veig qu' es un dolor
que turba s' enteniment.

* * *

Teng fam, teng son i teng set:
com menj, com dorm i com bec,
m' espassa sa son,
i sa fam i sa set.

* * *

Sa mare, com a mes veia
i de mes enteniment,
per donar gust a sa fía
dona què rellà a sa gent.

* * *

Com la vaig veure venir
dalt ses penyes de Mallorca,
tanta pena vaig tenir
com si mu mare fos morta.

* * *

Mesquineta, què la plang,
sa tristor qu' ella tenia!
Pobreta, anava i venia
am sa fosca i aigo i fang.

* * *

Raro es qui no té diners,
per ses festes de Nadal,
comprar anous i castanyes,
per honrar un día tal.

* * *

Malicia, no té regit;
i s' amor no te llinatge;
i sa son no espera 's llit,
ni sa talent, companatge.

* * *

Dins es portal hi tens roses;
dins s' entrada, clavellines;
a sa boca hi tens sa mel,
i a dins el cor, ses espines.

* * *

Ja ho dirà qui serà viu
de què vivien els pobres;
de faves i de garroves,
per podé arribà a s' estiu.

SATÍRIQUES

Al-lotes, voltros teniu
sa pipa i es tabac meu;
daume 'ls per amor de Den,
tant matéix no us ne serviu.

* * *

Al-lota, si 'm vols, no 'm vols;
no 'm venguis am marrandengues;
que teng faves primarenques,
guixes, ciurons i fasols.

* * *

Vols que 't digui, Josep Creus,
sa rasposta de ma fía?...
que 's faldà de sa camfa
l' ase 'm masquil si li veus.

* * *

Una dòna i una mula
son s' animal mes traidó;
en deixarn 'hi passà una,
son amo no n' es senyó.

* * *

Un matí que feia fret
vaig anà a missa primera,
i vaig trobà un boscaret
qu' escorxava una somera.

* * *

Canta, canta, boscaret,
tú, qui estàs dins l' abatzé,
si pretens que 't degui rès,
surt defora i 't pagaré.

* * *

Un tort, dalt una figuera
troba que fa bon està;
quand veu que l' amo hi va,
pega vol, i no l' espera.

* * *

Jo voldria fos mitj dia
i sol post, per anarme 'n:
sa gent jove no te seny,
i sa veia es mal sufrida.

* * *

Es dia de sant Jaume era;
sempre me recordarà,
que l' amo 's va baraià
amb una lloca dalt s' era.

Sa lloca fèia còc-còc,
es pollet fèia piu-piu;
i l' amo amb un bon garrot,
tot ho fèia anar esquiú.

* * *

Mestressa, es carro ja passa,
ja es hora d' anà a dinà;
sa tasca que m' hau posada
ja l' acabaré demà.

* * *

— Juan Peraire, d' ahont vens?
— De sa font d' abeurà s' ase.
— Díuen que ta mare 's casa
amb un vei que no te dents.

* * *

A baixa mar hi ha una roca,
i a sa Mesquida un roqué:
ses al-lotes de la Clota
dúen pinta a la bombé.

* * *

Al-lota de sa Barraca
de s' ouastre secorrat,
tú t' has endúit es llevat
estojat dins sa butxaca.

* * *

— Ma fia, què vas a fer
tanta estona an es portal?
— Me mirava es devantal
quàntes flors vermeies te.

* * *

¡Dulcíssim nom de Jesús!...
va exclamà 'n Joan Quintana,
com va veure sa jermana
que filava sense fus.

* * *

Madòna, donaume es móix,

que os hau endúit de sa casa;
ses rates s' han menjat s' ase...,
¡mal vus menjassin a vos!

* * *

Es ventai am que 'm ventava
anit passada 's rompé;
veàm còm me ventaré
sense 's ventai que m' agrada.

* * *

En Pere es una bandera,
a la cara li vui di,
que ha perdud sa civadera
i ses 'varques pes camí.

* * *

Tec-a-tec, tancau ses portes,
tec-a-tec, tancaules bé,
que aquí dintre hi ha una monja,
qui te pòr d' un forasté.

* * *

L' amo Antoni Catalina,
a sa vinya hi ha girones;
¿no hau vist una cosa fina
que us regala pes calçons?

* * *

Si hem renyit, perque hem renyit,
juveneta del cor meu;
hem renyit per poca cosa:
fe el teu fet, jo faré 'l meu.

* * *

Sa vostre fia no 'm vol,
i jo no la vui a ella;

qui té 's mànec de sa paella
fa anar s' oli allà ahont vol.

* * *

Una dòna fa sa casa,
i una dòna la desfà;
jo 'n sé una que donà,
perque la féssin ballà,
deu llençols, es porc i s' ase.

* * *

Mu mare compraume un dengle, (1).
que jo 'n sé un de venal;
sa fia des majoral
en te un, i lo vol vendre.

* * *

Mu mare, compraume un dengle
que sia de tafetà;
i si 's dublés no vus basten,
ja vendreu sa post des pa.

* * *

Arri, arri, somareta,
'nirèm a Son Bell-lloquet,
i veurèm na Marieta
com fa coques en suquet.

* * *

L' amo Antoni, aixecauvós,
o feis 'xecar sa madòna;
vui aigoardent de sa bona,
d' aquella que beveu vos.

* * *

(1) *Dengle*, peça de vestit de dòna. A Mallorca diuen qu' és un devantal; en castellà *dengue* era una mena de capeta de dòna.

Sant Josep de sa pipeta
 que sun pare li cremà;
 ai! adiós pipeta meva,
 que mai mes podré fumà.

* * *

— Bona nit; què teniu foc?
 — Allà dins hi ha es brasé;
 entrau, i seureu un poc,
 i podreu fumar mes bé.

* * *

O Joan, de mes entranyes!
 O Pere, de ma tristó!
 en Joan durà castanyes,
 i en Pere durà turró.

* * *

Catalina catalana,
 penja 's llum a sa paret,
 i veuràs en Toniet
 que s' endúen a l' Havana.

* * *

En Joan i na Joana
 farien un bon parei,
 que na Joana està sana
 i en Joan està vermei.

* * *

Sa cadenera no canta
 per dues intencions:
 una, que no te cantera;
 s' altra, que no sab cançons.

* * *

Madò Esperança, ahont sou?
 ahont teniu sa berganta?...

— Allà dins la sent qui canta,
i mira es llevat si es tou.

* * *

L'avi 'n Toti 'm va deixar,
dins d'aquesta llibreria,
que jo festejàs de dia,
perque s'oli anava car.

* * *

Na Marianna s'estufa
en perlarli de casa;
sa mare la vol tancà
a dins s'estable am sa ruca.

* * *

Na Marianna s'estufa
com un indiot pintat,
perque a's seu enimorat
li diuen en Magarrufa.

* * *

Tirurit, Toni Bal-la,
tirurit, de Gibaltà,
tirurit, de Barcelona,
tirurit, jo no tenc pa,
tirurit, ningú me 'n dona.

* * *

Es tup-tup de Gibaltà
i es tup-tup de Barcelona
i es tup-tup de na Vivona
qu'ès es mes pulit que hi ha.

* * *

Joana, guilana,
an es cap de cantó

hi ha una jana
que fila cotó.

* * *

En vení devés mitjdia
don una uiada an es sol,
i dic, mirant es revol:
Oh Deu meu, jo dinaria!

* * *

A la mar no hi tenc ventura,
sempre pèsc i mai trec peix;
me desfaré sa cintura
i d' alga ne faré un feix.

* * *

Mala llengo, mala llengo,
mala llengo has tingut;
per sa teva mala llengo
tot el mon està perdut.

* * *

Joan, Joanet,
què tens a s' oreia?
— Un mal tant bohet
que 's metje se 'n reia.

* * *

Mu mare 'n pastà fa coques,
tant si es fosc com si es dejorn;
a sa casa n' hi ha un forn
qui te vintiquatre boques.

* * *

Mu mare, casà, casà,
qu' es festetjà no contenta,
de tant de festetjà sempre
me 'n he arribad' a cansà.

(Continuará).